
La experiencia cotidiana, el amor y la amistad

Lucha Corpi

Un Día de Reyes Magos, cuando contaba con siete años, recibí tres regalos: una muñeca, una casa de muñecas y la edición infantil de *Las mil y una noches*. Contenta, ese primer día, jugué con la muñeca, estudié minuciosamente la casita, y forré el libro con el papel de china en el que estaba envuelto. Para el segundo día, la muñeca quedó olvidada en algún rincón de mi cuarto, la casita tomó su lugar en el corredor de la casa, y el libro pasó a ser mi compañero fiel. Todas las tardes, después de la escuela, subía al guayabo que mi padre plantó el año en que nací y entre sus ramas me sentaba a leer.

Al cabo de tres semanas, preocupada al notar que aquellos juguetes me eran totalmente indiferentes, mi madre insistió en que cargara la muñeca conmigo durante mis expediciones literarias. Ya que parecía ser de gran importancia para ella, así lo hice. Era, sin embargo, bastante difícil mantener el equilibrio en la rama y leer con ella entre las piernas o bajo el brazo. Busqué una soga delgada y larga, y la anudé al cuello de la muñeca por un extremo y a la rama por el otro. De esta manera, pasé varias tardes sin mayor percance: la muñeca, mi madre y yo felices.

Un día, estaba tan entretenida en la lectura que no escuché a mi madre llamarme. Cansada de esperar, ella fue hasta el árbol a buscarme. Dijo mi nombre en tal tono de voz que sobresaltada bajé del árbol sin poner atención a la muñeca que soga abajo giraba con su sonrisa de siempre y los ojos cerrados. "Y esto, ¿qué es?" me preguntó ella entre largos suspiros. "Es una muñeca colgada," le contesté sin titubeos, pero consciente de que algo andaba mal. Ella me miró largamente pero no dijo nada. Descolgó la muñeca con todo cuidado y la depositó entre mis brazos.

Años más tarde, cuando mi hijo ya tenía siete años, mi madre me recordó aquel incidente. Me confesó que todo ese tiempo había vivido con la zozobra de que yo no fuera a ser buena madre y le daba gusto, por ella y por mí, que iba educando bien a mi hijo. Esto, por supuesto, me causó gran sorpresa pues para mí la muñeca era solamente un juguete. Me di cuenta, sin embargo, que para ella aquel incidente había sido de gran importancia pues lo veía como un fracaso en sus esfuerzos de “hacerme mujer”.

Aquel día de la muñeca colgada, mi madre le debe haber dicho algo a mi padre, pues al día siguiente él llegó temprano del trabajo y me invitó a que jugáramos con la casa de muñecas. Años más tarde, de su boca sabría que él pensaba lograr lo que mi madre había intentado sin éxito. Después de media hora de jugar con la casita, ya me era bastante aburrido todo, pero mi padre parecía tan entusiasmado y embebido en el juego que no tuve corazón para decirle que a mí eso no me interesaba. Sin que él se diera cuenta, salí sigilosamente, busqué mi libro y subí al árbol a leer. A la hora de la cena él simplemente rio de buena gana ante mi “travesura”.

Ninguno de los dos se dio por vencido, sin embargo. A través de los años, se me inculcó que intelectualmente era tan capaz como mis hermanos hombres, pero también se me dijo que estaba sujeta a ciertas normas sociales que dictaban que la mujer se dedicara a los menesteres de la casa y la educación de los hijos primordialmente. Se me proveyó de una educación comparable a la que mis hermanos recibieron; se estimuló en mí la creatividad por medio de la música. He tocado el piano desde los ocho años, siendo mi instrucción primordialmente en la música clásica; pero mis padres gustaban también de la música folclórica, tanto mexicana como de otras culturas, por lo cual mi educación musical ha sido bastante variada. Aunque en momentos poéticos como el de “No en vano”, me parece que la música es la expresión humana más antigua y primordial, voy de acuerdo con Wagner quien afirmó que la razón de ser de la música es la poesía. En este sentido, música y poesía se complementan y han llegado a ser intercambiables para mí.

Estas experiencias tempranas formaron hasta cierto punto la imagen que siempre tuve de mí misma. De este modo, crecí con la idea de que ser mujer incluía todas estas cosas en mi vida diaria y que eran perfectamente justas. Hablar de mi propia experiencia cotidiana es entonces hablar de varias cosas, pues esta vivencia diaria no es producto exclusivo

del desempeño de labores domésticas. He sido ama de casa desde los diecinueve años; y antes de eso, fui ayudante de mi madre, hija mayor en una familia de ocho. Pero ésta es solamente una parte de mi vida cotidiana. Aunados al desempeño de menesteres propios de la casa van la maternidad, el magisterio, la música, el activismo literario, la amistad y el amor. Todos estos aspectos se encuentran tan entrelazados en mi realidad diaria que sin esfuerzo han encontrado su lugar propio en mi producción literaria.

Para la mayoría de los hombres, como para mi padre, las tareas domésticas son propias de la mujer, de acuerdo con las normas sociales. Para algunos poetas hombres, digamos por ejemplo para Neruda, estos menesteres son motivo de idealización. Caso en particular es el Soneto XXXVIII en *Cien Sonetos de Amor*. Para mí, como para la mayoría de las mujeres en el mundo, el quehacer doméstico es una realidad intransigente, una guerra sin tregua. Apenas se ha limpiado la casa y ya el polvo comienza a sentarse perezosamente en los muebles; el lavabo se llena de pasta de dientes; el lavadero de la cocina exhibe las cicatrices moradas que le dejara el almuerzo. Y hay que volver a empezar. Ahí entre polvo y legumbres, temibles adversarios de la sensibilidad poética de la mujer, quedan los poemas en espera.

¿Qué se hace? Se pone la máquina de escribir en un lugar céntrico de la casa, y pequeñas tumbas de papel con cruces de lápices empiezan a aparecer junto a la mesa de planchar, en las repisas de las recámaras, sobre el piano, en los estantes. Y “entre el ir y venir de la tempestad en el lavadero” (“Protocolo de verduras”) se escriben los poemas, canciones domésticas de gesta en las que las legumbres, las frutas, los platos y el plumero cuentan sus hazañas cotidianas, entre risas y juegos de niños. De ahí nacen “De mi casa”, “Labor de retazos”, “Receta de invierno”.

Va sin decirlo que una, en su calidad y condición de mujer, sabe que esta situación a la que las mujeres poetas nos enfrentamos es injusta. Se nos pide de hecho que seamos *supermujeres*: el lápiz en la mano derecha y la cuchara de la sopa en la otra; la cara radiante después de un largo día en el trabajo y dispuestas al amor en cualquier momento. Por otra parte, no puede una esperar a que las condiciones ideales se materialicen —el cuarto propio e ingresos adecuados de los que habla Virginia Woolf— para dedicarse de lleno a la expresión literaria.

Mi respuesta es simple: toda la casa es mi laboratorio poético. Ahí, se crea lo positivo de lo negativo; se identifica el mal, se lo expone a

la luz, y se lo cura con infusiones verbales. Al igual que Scherazada, se obtiene así la liberación bajo palabra.

En 1970, a partir del divorcio y cuando supe que la poesía no era un pasatiempo sino el propio sustento diario, supe también que habría que enfrentarme a ciertas situaciones en mi vida que podrían ser obstáculo a mis anhelos literarios, tales como un matrimonio tradicional y la maternidad múltiple (tengo solamente un hijo). Por tal razón decidí no volver a casarme ni tener más hijos. Esta determinación de ningún modo excluye el amor maternal ni el deseo de amar a y ser amada por un hombre. La labor de madre va íntimamente ligada a la labor poética, pues en verdad la energía creadora en ambos casos proviene de la misma fuente. Estoy consciente, sin embargo, que el hijo al igual que el poema toma de mí los elementos necesarios para formar su propia y exclusiva realidad. Pero si la energía creadora necesaria para levantar a un hijo se multiplica, la cantidad que le corresponde a la poesía lógicamente decrece. Hay, por supuesto, excepciones a esta regla. Caso en particular es el de Rosario Murillo, poeta contemporánea nicaragüense.

Decisiones como las mías, aunque exclusivamente individuales, son motivo de consternación para el resto de la sociedad. La mujer que piensa así, con su sola presencia, constituye un reto a la cultura que la formó (mexicana-chicana, en mi caso). Se convierte en algo así como una espina incrustada en la conciencia masculina. Es así que "el honor de una mujer" reside frágilmente en la docilidad total de ella a los cánones socio-morales que él ha impuesto para protección del "sexo débil". Aun cuando la mujer no haya dado motivo para que se le viole es víctima del oprobio social. Tal es el caso en "Romance negro", poema basado en la historia verídica de una de mis alumnas, y que a pesar del título, no lleva como tema el amor sino el enfrentamiento a esta condición social de la mujer. El violador se ve obligado por tales normas a restaurar el orden y en pago de la honra de Guadalupe regala al padre de ella una yegua que el padre acepta. La madre por su parte trata de espantar los malos espíritus al echarse sal por el hombro. No es la violación misma la que orilla a Guadalupe al suicidio, sino la actitud de aquellos a su alrededor. Guadalupe calla para siempre y yo, sin más que infusiones verbales para curar las heridas que tal injusticia nos dejará a las dos, le ofrezco "Romance negro".

Romance Negro

Hay sabor de vainilla
en el aire dominical.

Melancolía de la naranja
que aún cuelga de la rama,
brillante y seductora,
sin esperanza de azahar.

Guadalupe se bañaba en el río
muy de tarde en un domingo.

Promesa de leche en los senos
Vainilla el olor de los cabellos
Canela molida el sabor de los ojos
Flor de cacao entre las piernas.

Ah, la embriaguez de la caña
entre los labios.

Él se acercó y la miró así
rodeada del agua
inundada de tarde
Y en un instante arrancó la flor

Estrujó la leche hasta cambiarla
en sangre

Desparramó la vainilla por el
silencio de la orilla

Bebióse el candente líquido
de los labios

Y después... después desapareció
dejando sólo un rastro de sombra
lánguida al borde del agua.

Su madre la encontró y al verla
sacó de su morral un puño de sal
y se la echó por el hombro.

Y a los pocos días su padre
recibió una yegua fina de regalo.

Y Guadalupe . . . Guadalupe colgó
su vida del naranjo del huerto
y se quedó muy quieta ahí
con los ojos al río abiertos.

Hay sabor de vainilla
en el ambiente de la tarde.

Una nostalgia ancestral
se apodera de la mente.

De la rama cuelga una naranja
todavía sin promesa de azahar¹

¹De *Palabras de mediodía. Poemas de Lucha Corpi*, El Fuego de Aztlán Publications, Universidad de California, Berkeley, 1980.